Despues no quiero alejarme demasiado, por temor á que si por casualidad llega algun cámbio inesperado á mi fortuna del lado de Roma, tarde mucho tiempo en saberlo. He resuelto, pues, ir á refugiarme en vuestra casa en Epiro, no á causa del recreo de la estancia, bien indiferente á un desdichado que evita aun la luz del dia, sino por estar en ese puerto que me ofreceis mas pronto para el regreso á mi patria, si me era abierta de nuevo, para recoger allí mi miserable existencia en una soledad que me la hará soportable mas fácilmente, ó, lo que quisiera mejor aun, que me ayudara á despojar mas valerosamente la vida. Sí, debo escuchar aun las súplicas de la mas tierna y la mas adorada de las hijas!... Mas antes de poco, ó el Epiro me abre el camino de la vuelta á mi patria, ó yo mismo me abriré el de la verdadera libertad!... Os recomiendo á mi hermano, á mi mujer, á mi hija, á mi hijo; mi hijo, á quien no dejaré por herencia mas que un nombre infamado é ignominioso!...»

XXXII.

Pero en el momento en que Ciceron se preparaba á morir para castigar él mismo el crímen de sus enemigos, la cobardía de sus amigos y su propio infortunio, el esceso de la tiranía popular recordaba el pensamiento de Roma hácia aquel que la habia salvado con su elocuencia y su valor de la necesidad de los dictadores ó de la vergüenza de las anarquías. Clodio, sin contrapeso, obligado á presenciar cada dia las locuras y los escesos de la ciudad, á fin de quedar á la cabeza del populacho, al cual no se puede complacer mas que cediendo, comenzaba á fatigar la licencia y á inquietar á Pompeyo, no solamente sobre su poder, sino sobre su vida. Amenazaba igualmente á César hasta en el seno de su ejército de las Galias. César, Pompeyo, el Senado, los patricios oprimidos, los plebeyos virtuosos, se ligaron secretamente contra él para inspirar al pueblo el horror de Clodio y el perdon de Ciceron, el solo hombre que podian oponer, á la tribuna de las arengas, á la popularidad perversa del tribuno.

XXXIII.

Un hombre intrépido, cliente de Ciceron, Tribuno, llamado Fabricio, osa proponer este perdon al pueblo desde lo alto de la tribuna. Clodio, que esperaba esta tentativa de los amigos de Ciceron, y que habia llenado el Foro de sus partidarios, de sus gladiadores y de sus sicarios, temiendo la estimacion y el amor del pueblo por el gran proscripto, dá la señal de muerte á sus asesinos, precipita á Fabricio de la tribuna, dispersa el cortejo de los amigos de Ciceron y cubre de cadáveres la plaza pública. El hermano de Ciceron, herido por el hierro de los gladiadores, escapa á la muerte ocultándose bajo los cuerpos amontonados sobre las gradas de la tribuna. Sextio, uno de los tribunos, fué inmolado porque se resistia á los furores de su colega. Clodio, vencedor, ó mas bien asesino de Roma, corre, la antorcha en la mano, á quemar el templo de las ninfas, depósito de los registros públicos, á fin de aniquilar hasta las ruedas mismas del gobierno. Al resplandor del incendio, ataca la casa del tribuno Milon y

del pretor Cecilio. Milon rechaza con sus satélites á los amigos del demagogo, y convencido de que no habia justicia en Roma, mas que la que hiciera en adelante él mismo, alista una tropa de gladiadores para oponerla á los sicarios de Clodio. El Senado, resguardado, en fin, por este puñado de satélites de Milon, y animado á la audacia por la indignacion del pueblo, que comenzaba á abochornarse de sí mismo, llevó el decreto de perdon de Ciceron. Ordenaba que sus casas fuesen reedificadas á espensas del tesoro público, y convocaba á Roma á todos los ciudadanos que se interesasen en la justicia y en la virtud, para apoyar allí contra los sediciosos de Clodio el perdon del proscripto. El mismo Pompeyo, entonces en Cápua, presidió los comicios inmensos de los ciudadanos de la Campania, que se levantaban á la voz del Senado para libertar á Roma. Clodio, vencido y silbado en los comicios por la mayoría casi unánime del pueblo, se entregó á la popularidad de los mercenarios y de los malvados, su séquito ordinario. Advertido Ciceron por sus amigos de este arrepentimiento de la justicia de su

patria, desembarcó en Brindes, puerto de la gran Grecia, donde se habia embarcado algunos meses antes para el destierro. Su hija Tulia le esperaba en la playa, imágen la mas bella y la mas querida para él de la patria.

«Y acontece, escribe desde Brindes á su amigo Atico, que era el dia del nacimiento de esta hija querida, el de la fundacion de Brindes, y el de la dedicatoria en Roma del templo de la Salvacion pública... Recibo allí, escribe aun, una carta de mi hermano, informándome de que mi destierro habia sido revocado este dia por el escrutinio del pueblo de toda la república. Fuí acogido en Brindes por un concurso inmenso de las provincias vecinas. Salí de allí para volver á Roma rodeado de un cortejo de diputados de todas las ciudades enviados para traerme felicitaciones de toda Italia. Me acerqué hácia la capital á través de esta hilera de ciudadanos, sin que faltase uno solo de los hombres conocidos en la República por los *nomenclatores*. Cuando me aproximé á la puerta de Roma que conduce á Campania, encontré las gradas de todos los templos

inundadas, por escalas de una numerosa multitud, cuya presencia, los aplausos, el alborozo, me acompañaron, renovándose, hasta el Capitolio, por medio de las calles, las plazas, el Foro y las avenidas de este mismo templo, donde la Italia entera parecia llevarme en sus brazos!...»

El Senado, los caballeros romanos, los ciudadanos romanos estaban fuera de los muros para recibirle, y le escoltaron hasta la casa de su hermano, no pudiendo reedificar en un dia aquella que Clodio habia incendiado. Triunfo espontáneo, superior á todos los triunfos, puesto que era inspirado por el corazon solo de su patria, y que le hizo decir á él mismo «que podian suponer habia deseado su destierro para obtener un regreso semejante.»

XXXIV.

Pero apenas habia pasado una noche bajo el techo de sus padres, cuando ya la unanimidad de este triunfo revelaba la envidia de aquellos mismos que le habian escoltado, y abriendo su alma á Atico, ausente, le escribia:

«Véase el estado en que me hallo al presente: desgraciado, si considero mis pasadas felicidades; dichoso, si me comparo á mis adversidades recientes. Mis asuntos privados, como sabeis, son deplorables. Además, tengo zozobras y tribulaciones domésticas, que no puedo confiar en cartas.»

(Queria hablar de Terencia, su mujer, cuyas desavenencias con su hermano le afligian.)

«Amo á mi hermano, se dá prisa en añadir, con todo el afecto que merece su ternura sin ejemplo, su animosa fidelidad, su inalterable sacrificio. Venid, tengo necesidad de vuestros consejos; es menester que concertemos juntos para mí el principio de una nueva vida... Ya algunos de aquellos que me defendian ausente, comienzan á irritarse secretamente contra mí despues que estoy en Roma, y á justificar abiertamente la envidia que me tienen... Los cónsules no me han adjudicado mas que dos millones de sestercios para mi casa de Roma (800,000 rs.); 500.000 sestercios para mi casa de Túsculo (160.000 rs.); 250.000 sestercios para mi casa de Formies (90.000 rs.) ¿De dónde viene esta estimacion inícua que indigna, no solamente á los hombres honrados, sino aun á la multitud?... Los que me han cortado las alas no quieren que ellas resistan... Mis asuntos domésticos están arruinados... Se reedifica mi casa de Roma: ¡juzgad cuántos gastos para un proscripto! En cuanto á mi casa de Formies, que estoy obligado á reconstruir tambien, no puedo ni volverla á ver en su ruina ni deshacerme de ella. En vano busco quien compre mi morada de Túsculo. Otros disgustos interiores me afligen que os descubriré mas claramente en otra parte... Pero soy adorado de mi hija Tulia y de mi hermano!...»

Y algunos dias despues:

«Clodio y sus parciales han venido ayer armados á atacar y dispersar á los obreros que reedifican mi casa; han incendiado la de mi hermano, que habito. Mis casas saqueadas, abatidas, incendiadas, deponen al presente, por sus ruinas, contra él!... Yendo yo por la calle Sagrada, Clodio y sus sicarios me han encontrado y perseguido con grandes clamores, con las espadas des-

nudas, con palos levantados, y han arrojado piedras sobre mí y mi comitiva; nos hemos refugiado con trabajo en el vestíbulo de la casa de Tercio. El malvado, sintiéndose despreciado por el pueblo, se entrega á las violencias y á los crímenes de Catilina. Ha marchado estos dias á la cabeza de un ejército armado de escudos, de cuchillas y de antorchas, contra la casa de Milon, mi amigo y mi apoyo. Amenaza á Roma con las últimas catástrofes, si no consigue hacerse nombrar edil. Milon está resuelto á matar á este mónstruo si lo encuentra; él no se encomienda, como he tenido la simplicidad de hacerlo, á amigos poderosos y tibios. Es un héroe, mi ejemplo no le intimida, está decidido á todas las consecuencias de su valor...

En cuanto á mí, no es el valor el que me falta; tengo aun mas hoy dia que en el tiempo de mi fortuna mas floreciente!...»

XXXV.

Clodio triunfa otra vez del Senado, de Pompeyo, de los buenos ciudadanos, y fué nombrado edil por la corrupcion y por la

violencia de la gentualla del pueblo. Pompeyo, César y Craso, que formaban un triunvirato militar superior á estas tormentas pasajeras de Roma, se aproximaron á Ciceron. Gemian con Pompeyo, muy pagado de su vana gloria, las calamidades de la patria. Ciceron cerraba á esto los ojos y no iba al Senado para ocuparse esclusivamente de la elocuencia del foro, de las letras y de la poesía. Escribió en su retiro campestre de Ancio, un poema heróico sobre las victorias de César, para granjearse la amistad de este héroe, en quien entreveia la fortuna sin preveer aun que derribaria la República. Cantó en otro poema sus propias desgracias. Escribió muchos libros de historia. Cuidaba de la educacion de su hijo; gozaba en la belleza, con la ternura y con el génio literario de su hija Tulia; enriquecia sus casas de campo con nuevas bibliotecas, compradas á grande costa en Grecia por las diligencias de su amigo Atico, para reemplazar á las que Clodio habia quemado durante su proscripcion. Defendia á César en el Senado contra los que, hallándole ya muy poderoso, querian retirarle el ejército de